



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

EN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y dos pliegos de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número inmediato la continuacion de todas estas obras.

AL PUBLICO.

Próximo á terminar el primer año de publicacion del *OMNIBUS*, y habiendo obtenido tan favorable acogida, vamos á realizar, segun nuestra costumbre, reformas importantes, cuyo pormenor explica el programa ó prospecto para 1857, que acompaña á este número, sobre el cual llamamos toda la atencion de nuestros suscritores, recomendándoles igualmente la lectura del prospecto del *MUSEO DE LAS FAMILIAS*, que tambien es adjunto, y de los anuncios insertos en la cuarta plana, relativos al *Novísimo Año Cristiano*, al *Ramillita Devoto*, *El Año Eclesiástico*, y el poema juco-sério de don Manuel Breton de los Herreros, titulado *La Desvergüenza*, obra que acaba de salir á luz, de amena é interesante lectura, en que se pintan y censuran nuestras costumbres contemporáneas, con la maestría y la gracia que son peculiares á todos los escritos del autor. Mediante un convenio particular, los suscritores al *OMNIBUS* para el año próximo de 1857, pueden adquirir esta obra por 14 reales en lugar de 16, que es su precio en venta, pero con la condicion precisa de que han de pedirla al mismo tiempo que hagan la suscripcion al periódico, acompañando el importe de ambas cosas, y por solo 12 reales si se suscriben al *OMNIBUS* y al *MUSEO* en iguales términos. Gracias á esta combinacion, el que pague 102 reales en el despacho de Madrid, ó envíe libranza por valor de dicha suma, recibirá: 12 números del *MUSEO*; un *Album* de 12 láminas y una bellísima portada litografiada en oro y colores, con su correspondiente cubierta; 72 números del *OMNIBUS*; 300 pliegos impresos cuando menos, formando 8 volúmenes de obras distintas, algunas de ellas con grabados aparte del texto, y el *Poema*, que consta de un tomo en 8.º de mas de 300 páginas, con el retrato del autor. Ningun ejemplar del *Poema* que se pida por separado de las suscripciones de los periódicos, y acompañando el importe de todo, se dará menos de 16 reales en Madrid y 18 en provincia, ni aun á los mismos suscritores al *OMNIBUS* y al *MUSEO*. Cada suscripcion no da derecho tampoco á mas de un ejemplar con la rebaja. El *Album* y el *Poema* se entregan en el acto de hacer la suscripcion, y las obras y los periódicos á medida que se publican segun los periodos que señalan los prospectos.

1.º DE DICIEMBRE DE 1856.

LA JUVENTUD.

La vida es un camino áspero y escarpado, que se eleva al cielo; sus perspectivas son severas y producen duras impresiones, que muchas almas no pueden soportar. La juventud se



dehíene á la falda de la cuesta, seducida acaso por alguna florecilla que crece á orillas del precipicio, ó acometida tal vez de un vago amor por la sábana azul que presenta el lago en el fondo del reducido valle. En tanto que el jóven contempla esos adornos con que la naturaleza engalana la tierra por todas partes, se va apoderando de él una languidez que, enervando sus sentidos todos, llega á abatir hasta su alma; olvida el término de su viage, acobardado acaso por la aspereza del camino, vuelve á otra parte sus ojos, se sienta, é inclinando su cabeza sobre su pecho, se abandona á su desaliento.

El hombre, fortificado ya por una larga experiencia contra las seducciones y desengaños de la vida, se acerca al adolescente, lleva la cintura ceñida para el viage, y arrostra valerosamente el viento de las montañas que levanta sus vestidos como una alegre vela; en pie delante del jóven, erguido y firme, le tiende una mano, y con la otra le señala lo alto del camino.

«Vamos, jóven, levantáos y venid con nosotros, que tambien hemos conocido el desfallecimiento y las lágrimas. Animo, caminaremos juntos: á mí me será agradable el acordarme en vuestra compañía de esa piadosa tristeza que experimenta el alma en la juventud, y á vos os será de mucha utilidad el saber cómo se triunfa de ella trabajando. El corazón del hombre nunca se contenta en la tierra, y ni aun en esa actividad que deseáis, cuando tan fácilmente la podéis obtener, no sabría tampoco satisfacerle. Vamos, jóven, la verdadera satisfaccion está allá arriba:

subamos la cuesta sin temor del cansancio, y mostrémonos mutuamente el objeto que debemos alcanzar, y que parece alejarse mas á cada paso. La Divina Providencia nos grita: Anda mas aun, y soporta las pruebas de los bienes y males de este mundo, hasta el dia en que yo te conceda los bienes y males verdaderos; pero hasta que llegue ese dia, debes vivir y trabajar.

«Trabajad y perfeccionaos, dice el Divino Maestro: á la par del precepto de caridad forman estas palabras la base del Evangelio: el Señor está con vosotros, ilumina vuestra imaginacion y robustece vuestro brazo. En esta lucha del espíritu contra la materia inerte, el hombre triunfa, y obliga á los elementos á venir en su ayuda: él encadenará al rayo con bridas de acero, y á falta de camino al través del Océano le buscará en las estrellas.

«Vamos, jóven, oíd el grito que repiten todas las generaciones de la especie humana, y aun las ciegas fuerzas de la naturaleza. Bajo el frio cielo de nuestro Occidente, los hombres se exhortan recíprocamente desde hace tres mil años, á subir ese escarpado camino de la vida cuyo término tanto se aleja. Nuestros padres revolviéron el mundo, y nos le han dejado cortado y dividido, pero marcado con las pruebas de su inaudito valor. Nos han enseñado á plegar la voluntad de los pueblos y la energia de los elementos; han impreso á la humanidad y al universo todo el sello de sus grandes virtudes y de su genio infatigable, y han abierto las vias del destino ante la trémula raza de los humanos: no deshonremos con nuestras flaquezas el camino que han sabido labrar con sus heroicos trabajos, y marchemos con paso resuelto hácia el sublime término que nos han señalado, y que apenas han podido ellos mismos entrever.»

EL MILLON DE LA USURERA.

El oro y la plata, he ahí los dioses que os habeis hecho; condenaos á los paganos por lo que vosotros sois.

Tratamos de contar una historia contemporánea. El Dante nos suministra el epigrafe. (*El Infierno*, Cap. 19).

Se trata del fin que produce el oro, la plata y la avaricia, unidos al genio de la usura. Habia cincuenta años hace una solterona adornada de cores de ocho lustros, pasando sus años y sus dias en soñar en los medios de ser millonaria. Llamábase Naneta Grandet, y habia nacido en el departamento de la Gironda en una aldea que parecia una cesta de flores. Naneta no sabia ni leer ni escribir. Perteneciente á una familia honrada de labradores, no tenia mas que un hermano, José Grandet, que vivia en paz en el campo. Naneta, á la muerte de su padre y de su madre, habia recogido la parte de su herencia, y

se había retirado á la ciudad capital de su país natal. José Grandet era el padre de cuatro hijos, dos varones, Antonio y Pedro, y dos hijas, Josefina y Antonita. Hizo estudiar á sus hijos que, fuertemente dotados, se distinguieron en los estudios de Burdeos, y se formaron una bastante buena posición. Las niñas se casaron al cumplir los diez y ocho años. Josefina con un procurador y Antonita con un ingeniero.

Josefina se había convertido en Mad. Duprat, y Antonita en Mad. Vesse. Esta última no tuvo hijos: su hermana mayor no tuvo más que uno, Armando Duprat. Antonio Grandet, llamado á grandes especulaciones industriales, prosperó y concluyó por aliarse con la familia de un oficial general: en cuanto á Pedro tomó por mujer á una linda aldeana, rica heredera de un labrador. El uno y el otro tuvieron muchas hijas. Volvamos á nuestra heroína, Naneta Grandet: ¿qué hace para realizar sus ensueños? ¿Para apagar y satisfacer su maldita sed de oro?

Había comenzado por prestar dinero á los revendedores de los mercados de verduras y frutas. Todas las mañanas llegaban á la casa y pasaban el estrecho corredor que dirigía á su único cuarto, pieza húmeda y desamueblada, una treintena de mugeres, y recibía cada una una pieza de seis libras, debiendo traer por la noche seis francos. El escudo de seis libras no vale más que cinco francos, ochenta céntimos, y sacaba por día veinte céntimos de interés sobre su escudo: en totalidad, una cantidad de mil ochenta francos, le producía por día seis francos, y por año dos mil ciento noventa francos! Esto no exigía ninguna teneduría de libros, ella misma recibía el dinero y lo metía en un saco colocado debajo de su almohada, ó para hablar más exáctamente, la servía de almohada.

A este género de usura añadió otro. La aldea que habitaba se había siempre distinguido por lo excesivo de su usura: ¡ triste celebridad! Un padre de familia venía á depositar el único objeto que de algún valor tenía, un reloj, un frac, camisas: recibía en cambio una cantidad mínima que estaba obligado, bajo pena de perder la prenda, de desempeñar el domingo, reembolsando la suma prestada con una cuarta parte más de interés: esto es, era preciso reembolsar cinco francos en lugar de cuatro. Por esta cuenta cuatro francos le producían al año cincuenta y dos francos. Cuando llegaba la noche, Naneta Grandet echaba los cuatro ó cinco cerrojos que guarnecían su puerta, cerraba los postigos de su ventana, guarnecidos de barras de hierro, y pasaba largas horas en contar y recontar su dinero, contemplarlo y devorarlo con la vista. Metía sus brazos en el saco donde tenía las monedas, y cubría de besos el oro que había reunido. El abuelo de Naneta había sido encontrado muerto ahogado por la tapa de un cofre de resortes, mientras que por la noche se hallaba ocupado en contar y recontar sus ensueños.

En poco tiempo Naneta Grandet fué rica, y tanto más rica, cuanto que todo su alfilerío consistía en un pedazo de pan mojado en agua: y los muebles de su cuarto se componían de un simulacro de cama, dos sillas y un armario. La pretendida cama no era otra cosa que cuatro tablas colocadas en dos banquillos, y sobre ellas un mal jergón. Jamás salía Naneta de su cuarto sino para tomar el aire á un patio de cinco varas en cuadro, en donde estaba depositada en monederos la leña, al extremo del corredor donde estaba su cuarto.

Nada quería en el mundo más que su oro y su plata. Si fueres hubiese conocido á aquella muger, la veríamos seguramente figurar en su *Mística Diabólica*. Había completamente olvidado á Dios. No tenía un solo recuerdo de inocencia, de candor y de fe. El sonido de las campanas del domingo, su alegre ruido que llama á los fieles á la iglesia y los convida á la oración, esa esperanza nada de todos instantes, ese socorro inefable que nos excita al amor de Dios, ese descanso de todas las horas, no podía ni aun suspender la especie de brutal y material éxtasis que la daban frecuentemente á la vista de su oro. Katremecíanse los niños al atravesar el maldito callejón donde se hallaba su morada: y sin embargo, iban á su zahurda á pedirle dinero los necesitados, y cuanto más elevaba lo enorme de la usura, más se aumentaba el nú-

mero de los que iban á tomar préstamos. Así vivió cuarenta años Naneta Grandet. Había tomado por confidente y secretario á un hombre (inmoral, un alguacil, y había concluido, ayudada por este miserable, á prestar inmensas sumas sobre hipotecas. ¡Tuvo un millón! ¡lo había querido y lo tuvo! ¡y mucho más todavía!

Se hizo todo lo que se pudo por arrancarla de tan deplorable estado. Un cura, conocido por su celo y su ardiente piedad, fué muchas veces á su casa, pero todo fué inútil.

Hacia algunos días que era octogenaria, cuando se la encontró muerta en su cama. Dicen que el diablo la había ahogado, y que había venido á reclamar el pago de un billete que la usurera había firmado para la eternidad. Llevaron el cadáver á tierra no sagrada en un rincón del cementerio.

¿Y qué se hizo de su fortuna?

Naneta Grandet jamás había vuelto á ver á su hermano. Desde el momento que había dejado la casa paterna, la puerta de su casa había permanecido siempre implacablemente cerrada á sus sobrinos y á sus dos sobrinas.

Tres ó cuatro años antes de la muerte de la bruja, con este nombre era conocida en toda la ciudad, el alguacil había echado el globo de exploración. Había hecho correr el rumor de un testamento de Naneta á favor de su sobrina Antonia Grandet. Gozaba éste en todo el departamento, en los inmediatos de las Landas y los Bajos Pirineos, de una excelente reputación: prosperaban sus negocios, sus fábricas eran muy nombradas. Tenía relaciones y correspondencia con las principales casas de Burdeos, y hacía un considerable comercio con España.

Acompañado de su piadosa muger, Antonio Grandet, siempre contento, siempre benévolo, siempre afable, iba á buscar los abyectos parages donde se ocultaba la miseria en los pueblos, y á llevarla el socorro de la caridad. Así era amado y querido de todo el mundo. No salían de su boca sino palabras de consuelo y afecto. Declaraba altamente que rehusaría, lisa y llanamente, la herencia de su horrible tía, porque no quería ni un centimo de una fortuna destinada á hacer la desgracia de los que la poseyesen. Pero sus dos hermanas, Josefina Duprat y Antonia Vesse, mordidas en el corazón por la serpiente de la codicia, trataron á Antonio de beato, hipócrita y jesuita: le levantaron calumnias, Nada pudo contenerlas. Una amable y encantadora hija de Antonio, Eugenia Grandet, no salió mejor parada de la lengua de aquellas víboras. Todas las tardes se iban á una calle desierta, que su hermano debía atravesar para volver á su casa, le aguardaban y le llenaban de las más horrosas injurias. No nos atreveremos aquí á repetir la primera palabra del innoble vocabulario que agotaban contra el padre de su angelica sobrina.

Soportaba Antonio estos ultrajes con una paciencia á toda prueba. Su perseverancia en solo apelar á la mansedumbre contra la brutalidad de sus hermanas, no se desmintió un solo instante. Frecuentemente no se separaba de ellas sino dejando en manos de aquellas harpías algunos trozos de sus vestidos; pero él se decía con una sublime resignación cristiana:—Yo las calmaré, yo las apaciguaré. Sabrán que ese testamento en mi favor, imaginado por ese bribon de alguacil, que tiene sus razones para no ser enemigo mío porque es el cómplice de la avaricia insaciable de mi desgraciada tía, no existe. Las abandoné á ellas y á mi hermano Pedro toda la herencia de Naneta: Dios me guarde de recibir ni un ochavo: sería hacer la ruina de mi Eugenia y de todos mis demás hijos. Buenos mal adquiridos á nadie han enriquecido.

Dios reservaba á Antonio un gran trabajo: Dios quería sacarte pronto de este mundo y darte la corona reservada á sus merecimientos. Antonio Grandet fundaba sobre Eugenia grandes esperanzas. ¡Ay! no debía ver su realización. Eugenia amaba y era amada. Un joven oficial de Estado mayor, ayudante de un general de brigada, destinado en las Landas para levantar planos estratégicos, había visitado las fábricas de Antonio Grandet, le habían presentado á él, y no había tardado en ser admitido en la intimidad de la familia. Era un militar instruido y francamente cristiano: había reclamado como suyo un ro-

sario perdido en un patio de la escuela politécnica, y nadie se había atrevido á poner en ridículo una fe tan sincera y leal. Llamábase Luis Dubuisson.

Antonio Grandet debía ser insultado y hasta golpeado, por último, por sus hermanas, verdaderas Eumeidas, y morir víctima de su abnegación fraternal. El Jueves Santo del año 48... Antonio, según la costumbre de su país, andaba visitando las estaciones en las iglesias: sus hermanas le seguían á lo lejos y se escitaban una á otra al más horrible de los delitos: había hecho correr el alguacil la vispera el rumor de una indisposición de la vieja usurera, y afirmado por juramento que Antonio Grandet era el único heredero de su tía, y añadía que en una visita secreta la había prometido aceptar la herencia con la carga de algunos insignificantes legados para los hospicios de la provincia.

Su hermano había orado en el sepulcro del Salvador de los hombres, en la iglesia de la parroquia de Santiago, y se dirigía por los paseos públicos hacia la iglesia de San Pedro, cuando fué herido en la región del corazón de una puñalada por una de las dos hermanas: jamás se ha sabido cuál de ellas fué, habiéndose negado el asesinado á denunciarse. El crimen había sido cometido á la mitad del día. El procurador imperial debió informarse.

Antonio no pensó más que en sus hermanas, y dijo al médico:

—Cicatrizad mi herida, que esté cerrada antes de tres días para que pueda salir y mostrar que estoy curado. No quiero que Josefina y Antonia, mis queridas hermanas, sean llevadas al tribunal de los Asesinos de Burdeos.

—Pero moriréis si bago caso de lo que me decís, respondió el doctor, y vuestros hijos quieren que viváis.

—No importa, replicó Antonio, con tal que se salven mis hermanas.

Tres días después se presentaba él mismo en persona ante el juez de instrucción, y declaraba á sus hermanas culpables únicamente de un momento de viveza á consecuencia de disputa sobre negocios de intereses, acusándose el mismo de haberse escudido y haberlo provocado... Quería ser mártir de abnegación fraternal.

El procurador Duprat y el ingeniero Vesse, obraban por su parte con el juez de instrucción y con el procurador del rey, sus íntimos amigos. Llevada la causa al tribunal de apelación de Burdeos, la cámara de acusación remitió á la policía correccional del tribunal de primera instancia de la subprefectura á Josefina Duprat y Antonia Vesse, como acusadas de malos tratamientos á su hermano en la calle á consecuencia de una viva disputa. Antonio Grandet sabía todas estas noticias con alegría, y se preparaba á invocar la indulgencia de los jueces cuando súbitamente fué llamado con su muger y sus hijos á Biarritz, donde se le volvió á abrir la herida, y donde murió de la manera más ejemplar y edificante. Después de haber concedido á Luis Dubuisson, que le había acompañado, la mano de Eugenia, y después de haber hecho prometer á su muger, á sus hijos, y al que acababa de adoptar por yerno, recusar toda parte en la herencia de la Usurera y no tratar de vengar su muerte persiguiendo á sus hermanas; después de haber hecho certificar por dos médicos que iba á morir á consecuencia de una aneurisma, tomó un crucifijo, lo inundó con sus lágrimas, puso sobre él sus labios y exhaló el último suspiro, diciendo:

—Dios mío, en vuestras manos entrego mi espíritu, y perdono á mis hermanas: salvad, Señor, á estas desgraciadas.

La noticia de esta muerte llegó á la subprefectura del departamento habitado por Grandet antes del juicio de las dos hermanas. Un amigo de Antonio había salido de Biarritz, y había tratado de hacer declarar que este había muerto de la herida recibida el Jueves Santo; pero su viuda, su hija Eugenia y su futuro marido, fieles á la promesa que habían hecho en el lecho de la muerte, produjeron la declaración auténtica de los médicos, en que se manifestaba que había sido de una aneurisma, y el procurador y el ingeniero obtuvieron de los jueces que no se volviese á tratar de este asunto en el tribunal de apelación. Únicamente, para acallar los gritos de

la opinión, el tribunal correccional condenó á Josefina Duprat y Antonia Vesse á seis meses de prisión.

Fueron, pues, arrestadas en su cuarto, anejo al edificio de las prisiones de la ciudad, y allí obtuvieron toda especie de favores. ¡Oh justicia humana! El ingeniero Vesse se retiró á Bayas, donde su mujer, al espirar el tiempo de la condena, fué á reunirse con él, y donde despues de una ejemplar penitencia han muerto todos perfectamente desconocidos del mundo.

Parece que Josefina Duprat había sido la más culpable: su castigo fué más grande. Mientras que estaba en la prisión, el procurador, buen mozo si los hay, poco delicado en materia de costumbres, como todo el que la echó de desprecupado, había tomado á su servicio una criada joven y bonita, cuya vanidad causó su pérdida, porque dió oídos á culpables seducciones. El procurador Duprat, Dios lo permitiera así para tratar de abrirle los ojos sobre su vida criminal, hacía fortuna. Hallábase lleno de trabajo, su estudio no se veía libre jamás de clientes, y acusábasele de ser un verdadero sobrino de la Usurera. Cuando volvió su mujer á casa fué preciso despedir á la criada. Los celos de Josefina habían adivinado las infidelidades de su marido; supo contenerse, pero estuvo al cuidado. Le sorprendió y le pegó con la hachuela de que se había armado. Duprat estuvo enfermo durante quince días, y sucumbió de una *fluxion de pecho*, maldiciendo á su mujer y á toda la familia de los Grandet. Su viuda inconsolable hizo levantar sobre su sepulcro un magnífico mausoleo con esta inscripción:

«Agustín Felipe Duprat, procurador del tribunal de primera instancia, muerto en 45 de febrero de 18... á los treinta y nueve años de su edad. *Fué buen padre y buen esposo...* Rogad á Dios por él.»

La viuda Duprat vendió el empleo de su marido, colocó sus fondos al seis por ciento, y se dedicó á la educación de su hijo único, Armando. Era este un hermoso joven de diez y seis años, que obtuvo en Burdeos, con mención honorífica, el diploma de bachiller en filosofía, al que pensaba dedicar al estudio de la jurisprudencia. Durante largo tiempo dudó su madre si enviarle á Tolosa ó á París: tenía siniestros presentimientos; temía separarse de su hijo; las ensangrentadas sombras de su hermano y su marido la perseguían sin cesar. Dió la preferencia á Tolosa, á pesar de los prudentes consejos de un negociante, que no fueron escuchados. En aquella antigua ciudad de Tolosa, que se glorifica con haber tenido anales anteriores á la gran expedición de Sigovese, la fe católica ha echado profundas raíces. Allí, sin embargo, los misterios impuros de los valdenses y albigenes, han dejado marcados sellos en la juventud de sus escuelas. Los estudiantes que vienen de Pó, de Mont-Marsan, Agen, Montauban, Perpignan, Foix, capitales subalternas, vasallas de la gloriosa ciudad de los *capitales*, y de *Clemencia Isaura*, se entregan con ímpetu á los más peligrosos placeres, y frecuentemente á los cálices, los garitos y las tabernas, tanto y aun más que al curso de las Pandectas de Justiniano.

Apenas se había matriculado en la facultad de jurisprudencia Armando Duprat, con su primo Isidoro Grandet, hijo primogénito de Pedro, cuando murió la Usurera. El alguacil la había arrancado algunos meses antes un testamento que constituía á Pedro Grandet único y universal legatario, y se había hecho asegurar un magnífico legado de cincuenta mil francos. No gozó mucho tiempo aquel miserable de aquella suma, recompensa de sus condescendencias criminales; murió herido por un rayo, seis meses despues de la Usurera. Las dos hermanas, Josefina y Antonia, no tuvieron nada de aquella fortuna que tanto habían codiciado, y cuyo único deseo las había arrastrado hasta el asesinato.

Pedro Grandet aceptó la herencia maldita: trató de distraerse atendiéndose. Su mujer le replicaba emplease el *millon de la bruja* en buenas obras y fundaciones piadosas. Puso en ridículo los escrúpulos de su mujer, despreció sus prudentes consejos, y desplegó un mandito bajo en su pueblo. Pero su prosperidad fué de corta duración. Aquel hombre era un coloso; su rostro duro, cubierto de espesas patillas, tenía cierta

cosa feroz. Apenas había pasado un año desde la fatal herencia, cuando bajando una mañana á la calle en camisa, se puso á perseguir dando salvajes gritos á las mujeres y á los mercaderes de la vecindad. Grande fué el terror: mas de diez hombres acudieron en socorro de los fugitivos, cuyo terror se hallaba en su colmo, y le costó muchísimo trabajo en apoderarse de Pedro Grandet. Se hallaba loco furioso: fué preciso atarle. Transportado á una casa de locos del departamento en las inmediaciones de Burdeos, murió allí con verdaderos accesos de rabia *chrysophaga*: quería comer oro, no pensaba más que en el oro. Su hijo Isidoro, dejando la facultad de Tolosa, se vino á su país, y habiendo comprado caballos y carretela, gozaba como un verdadero sábita del millón de la Usurera, y hacía rabiar al sub-prefecto, que no podía rivalizar en lujo con él. Había, sin embargo, traido de los malos sitios que había frecuentado cuando estudiante, costumbres y afectos innobles que no cambiaron, y concluyeron por perderle como veremos muy pronto.

Armando Duprat, compañero de desórdenes de su primo Isidoro, fué encontrado una noche pálido y herido en la calle. Llévólole moribundo á su madre, que, por mas que hizo para curarle y llamar con grandes gastos médicos de Burdeos, vió impotentes todos los recursos de la ciencia. Armando fué enterrado al lado de su padre en el mismo monumento, y la inscripción indica que entraba apenas en los diez y nueve años en el momento de la terrible muerte.

La viuda Duprat comprendió por último que todo aquello era un castigo de Dios. Vestida de luto recorrió las calles como una loca, implorando compasión de los transeúntes. Despues de haber reparado sus crímenes cuanto fué posible, murió, dejando cuanto la quedaba de fortuna para edificar un hospicio y una capilla en el barrio que habitaba su hermano Antonio Grandet. Los hijos y la viuda de este último viven todavía y se hallan al lado de Bayona, en una magnífica propiedad. Eugenia se ha convertido en Mad. Dubuisson, y uno de los oficiales de Estado mayor que mas se han distinguido en la Crimea, es su marido. Los dos son la Providencia de la comarca. La viuda, gracias al apoyo de su yerno y sagacidad de su hijo, ha podido conservar las numerosas fábricas fundadas por su marido, de las que saca considerables productos, dando á los pobres una gran parte de ellos.

La muerte de Armando Duprat había suspendido por una semana apenas las orgías de Isidoro Grandet. Frecuentaba los cafés con las gentes más malas de la ciudad. Cost desagradable de contar, pero que sin embargo, es verdad. Una noche apostó á beber aguardiente en una caja en donde había puesto cuartos. Ganó la apuesta, y acabó la noche en la cripula... Pero á la mañana siguiente murió envenenado.

¿Quién ha heredado el *millon de la Usurera*? Lo ignoramos. La madre de Isidoro, mujer de una sólida virtud, se desembarazó de aquel maldito dinero, y lo gastó en obras de caridad. La terrible serie de desgracias producida por la herencia de la Usurera, tuvo fin con la muerte de Isidoro Grandet.

Creerán nuestros lectores inverosímil, exagerado y producto de una imaginación fecunda la fúnebre perspectiva que le hemos presentado; pues no es así. Al pasar de Burdeos á Mont-Marsan nos han contado este suceso, y para probarlos su veracidad nos han llevado al cementerio, que dista un cuarto de legua de la ciudad, y allí hemos visto los sepulcros de las víctimas del *millon de la Usurera*. Hemos tomado instrucciones y reconocido que había verdad.

¡Desgraciados los que poseen bienes mal adquiridos!

MISCELANEA.

EXTRACTO DE UN DICCIONARIO PARA USO DEL BUEN SENTIDO.—*Acresedor*. Gente honrada que nunca tiene razon y que enseñan la política. *Apurancia*. Cortina con la que se puede hacer todo lo que se quiere, pero que es esencial carter.

Artificio. Moneda corriente.

Charla. Patrimonio de las mujeres que esplotan muchos hombres.

Curiosidad. Manantial de muchos progresos y de muchas fallas.

Dulzura. Cualidad que embellece todas las demas.

Esperanza. Las ráfagas de viento; se despaucha mucho, porque el género es barato.

Muger. Ser encantador, cuyas gracias hacen disimular sus defectos.

Locura. Alma del mundo.

Gravedad. Triste efecto de una sangre muy fría.

Hombre. Horrible titulo de que se abusa frecuentemente como tantos otros.

Juego. Suplemento al talento ó recurso de la avaricia.

Infortunio. Cárcel de la sabiduría.

Ingratos. Las tres cuartas partes del género humano; felices, sin embargo, los que pueden hacerlos.

Libertad. Supremo bien que no ha existido sino en la primera edad del mundo.

Matrimonio. Especto de lotería, donde los billetes buenos son muy caros.

Placer. Fantasma que nos encanta, pero que huye cuando quiere tomarsele.

Querrela. Falta cuando se la trae, tontería cuando no se la evita, desgracia cuando no se la ha podido evitar.

Razon. Hable de ella quien quiera, Dios me preserve de conocerme en ella.

Nada. Estension de nuestros conocimientos.

Chismes. Ocupacion seria para muchas gentes. *Jaqueca*. Enfermedad de recurso del bello sexo, que depende mucho de la imaginacion, como los nervios; no se necesita ser médico para saberla curar.

Esto y lo otro. Nuestra vida se pasa entre estas dos palabras.

Biblioteca. Lo mejor de muchas obras.

SIMPLEZA DE UN NIÑO.—Estando un dia de visita un niño con su mamá, fueron recibidos en un salon donde había un loro muy manso que el dueño de la casa tenía en su dedo para acariciarle. El niño, lleno de viveza, se aproximó ligero para acariciar también al pájaro.

—Ten cuidado, Pablo, le dijo el dueño de la casa, no le muerda.

—Pero á vd. no le muerde.

—Es que me conoce.

—Pues bien, dígame vd. que me llamo Pablo.

FLECHIER.—El célebre orador Flechier, obispo de Nimes, era hijo de un fabricante de velas. Un prelado de la corte, orgulloso con su nacimiento, hizo conocer un dia que se hallaba muy sorprendido de que le hubiesen sacado de la tienda de su padre para colocarle en la silla episcopal. Flechier, saliendo á pesar suyo de su sencillez y modestia ordinaria, respondió á su noble compañero:

—Con esa manera de pensar, señor mio, es probable que si vd. se hubiese visto en mi condicion sería vd. todavía fabricante de velas.

RAZON POR LA QUE UNA MUGER NO PUEDE CASARSE A LOS CATORCE AÑOS.—Preguntaban un dia al célebre Milton, autor del *Paraiso Perdido*, la razon porque un rey puede recibir la corona á los catorce años en ciertos países, mientras que no puede casarse hasta los diez y ocho.

—Es, contestó el ilustre poeta, que es más fácil gobernar un reino que una muger.

EL CAFE.—Se sabe que el café no fué introducido en Europa sino á fines del siglo XVII, por un embajador de la Puerta Otomana, Mustafá Ferrero, que hizo conocer su uso en Paris en 1669. Esta novedad fué en un principio recibida bastante friamente; pero la desconfianza no duró, y al cabo de algunos meses el café se puso de moda y figuraba con honor en las mesas más suntuosas y delicadas. Un armenio, llamado Pascal, que se hallaba entonces en Paris, tuvo la idea de abrir un establecimiento especial donde se reunían los ociosos para tomar café y dar noticias. Hasta entonces no había habido en Paris más que tabernas.

EL MARIDO Y EL AMANTE.—Preguntaban un día á una señora cómo podía haberse casado con un hombre tan feo como su marido.
—Los amantes, respondió, deben ser siempre buenos mozos; pero los maridos son lo que quiere Dios.

LO QUE VALE UN SOLDADO.—No fume vd. cerca de los almacenes, decía un ciudadano á un soldado que estaba medio borracho; va vd. á poner fuego á la ciudad.
—Y bien, si se quema la pagaré á vd., respondió el soldado.

COLÁS Y GILLOT.—Antes de que abriese su puerta Colás llamó á ella su vecino.
—¿Duermes, Colás?
—Es según. ¿Qué me quieres?

—Préstame dos duros, vecino.
—Estoy durmiendo, Guillot, respondió Colás.

PRECAUCION DE UN GLOTON.—Mom Maur, célebre gloton, era muy corto de vista. Un día que se hallaba en una gran comida, preguntó bajo á su criado:
—¿He comido de todo?

MANIA DE HABLAR.—Los jóvenes dicen lo que hacen: los viejos lo que han hecho: los tontos lo que tienen gana de hacer.

NATHANIEL LEE.—Nathaniel Lee, poeta dramático, cuya memoria no ha honrado tal vez bastante la nación inglesa, terminó sus días en el hospital de locos de Londres. El fué el que compuso, aunque demente, la tragedia de *Las*

Reinas rivales. Trabajaba un día á la luz de la luna. Habiéndole interceptado la luz de prouto una ligera nube, pronunció con tono imperativo:
—Júpiter, levántate y despabila la luna.
Engrosándose la noche desapareció la luna, y entonces exclamó soltando una carcajada:
—¿Qué aturrido! le digo que despabile y apaga.

PRECAUCION INGENIOSA.—Habiendo perdido en una ciudad el gobernador civil un canario, la primera idea que se le ocurrió fué hacer cerrar las puertas de la ciudad.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

LA DESVERGÜENZA.

POEMA SATÍRICO DE COSTUMBRES CONTEMPORANEAS,

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Un tomo en 8.º mayor de mas de 300 páginas, edicion de lujo en esquisito papel, con el retrato del autor grabado en acero. Se vende á 16 reales en Madrid y 18 en provincia. Haciendo el pedido al mismo tiempo que la suscripcion al Museo para el año próximo de 1857, y acompañando letra del importe, 14 reales en vez de 16.

NOVISIMO AÑO CRISTIANO,

POR

DON RAMON MUÑOZ Y ANDRADE.

Es la obra mas completa de su género, pues contiene cerca de cinco mil biografías de los santos y bienaventurados que menciona la Iglesia, y la Epístola, el Evangelio, y las oraciones y meditaciones propias de cada día del año, escrito todo según el gusto y lenguaje moderno, con la conveniente brevedad para que pueda ser leído aun por las personas mas ocupadas. El *Novisimo Año Cristiano* se diferencia esencialmente de los libros antiguos de igual índole, cuyas ediciones se han multiplicado en los últimos tiempos bajo distintas formas, y esto es lo que explica el gran éxito que ha alcanzado. Consta de doce tomos en 8.º, uno para cada mes, y ademas un tomo adicional con las fiestas móviles y la *Semana Santa meditada*. Al final de cada tomo van las novenas de los santos mas notables contenidos en él. Toda la obra tiene 120 láminas, aparte del testo, y su precio es 144 reales en Madrid y 170 en provincia. Los que quieran pueden adquirir esta obra por tomos mensuales, á razon de 12 reales en Madrid y 14 en provincia.

EL AÑO ECLESIASTICO,

POR

DON F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

Un tomo en 8.º, impreso en igual forma y carácter que el *Año Cristiano*, cuyo objeto es dar noticia de las funciones religiosas, aniversarios, rogativas, procesiones, etc., que la Iglesia celebra durante el año, explicando su origen, así como las dominicas, letanías, jubileos y demas festividades análogas. Precio 40 rs. en Madrid y 42 en provincia.

RAMILLETE DEVOTO.

Colección de treinta y cuatro novenas de los principales santos y misterios que celebra la Iglesia. Cada novena contiene la imágen de santo ó del misterio respectivo, perfectamente litografiada, una noticia biográfica de su vida, ó una esplicacion sucinta del misterio, y los rezos, oraciones y gozos correspondientes á cada día de la novena. La colección completa forma un tomo en 8.º con 34 láminas aparte del testo, y su precio es 34 rs. en Madrid y 40 en provincia.

NOVENAS QUE CONTIENE EL TOMO.

Novena al Divino Niño Jesus.	Novena al glorioso precursor San Juan Bautista.
Id. al glorioso San Antonio Abad.	Id. al glorioso principe de los apóstoles, San Pedro.
Id. á la Purificacion de la Santísima Virgen María.	Id. á Ntra. Sra. del Carmen.
Id. á la gloriosa virgen y mártir Santa Polonia.	Id. á Santa María Magdalena.
Id. á la gloriosa virgen y mártir Santa Agueda.	Id. á Nuestra Señora del Tránsito ó de la Asuncion.
Id. al Santo Angel de la Guarda.	Id. al glorioso San Roque.
Id. al glorioso patriarca San José.	Id. al glorioso San Ramon Nonnato.
Id. á la Anunciacion de Nuestra Señora.	Id. al Dulcísimo Nombre de María.
Id. á María Santísima de los Dolores.	Id. á Nuestra Señora de la Merced.
Id. al glorioso San Francisco de Paula, fundador.	Id. al glorioso Santo Tomás de Villanueva.
Id. á San Vicente Ferrer.	Id. al glorioso patriarca San Francisco de Asis.
Id. á la gloriosa virgen Santa Casilda.	Id. á Santa Teresa de Jesus.
Id. al glorioso San Isidro labrador, patron de Madrid.	Id. al glorioso Arcángel San Rafael.
Id. al glorioso San Juan Nepomuceno.	Id. á las benditas Animas del Purgatorio.
Id. á Santa Rita de Casia, viuda.	Id. á Santa Bárbara.
Id. al glorioso San Antonio de Padua.	Id. á San Nicolás de Bari.
	Id. á la Purísima Concepcion de María Santísima.
	Id. á Santa Lucia, virgen y mártir.

Cada novena se vende por separado á 2 reales.

Todas estas obras se hallan de venta en Madrid en el despacho del establecimiento de Mellado, calle del Príncipe, núm. 25, y se remiten á provincia haciendo el pedido por conducto de los corresponsales de dicho establecimiento ó directamente acompañando letra del importe, en cuyo caso los precios de provincia son iguales á los de Madrid.